



Nuria Espert y Miguel Palenzuela en una escena de «El deseo bajo los olmos», tragedia de O'Neill presentada en el Reina Victoria bajo la dirección de Armando Moreno (Foto Alfredo)

MIHURA Y O'NEILL

Por JOSE MONLEON

«Las entretenidas», comedia que no siempre entretiene, de miguel mihura

MIGUEL Mihura, que había empezado su carrera de autor con una espléndida y generosa comedia, «Tres sombreros de copa», tuvo un día la desgracia de que cierta crítica estimara «genial» el humorismo menor de sus obras posteriores. Desde entonces, el autor supo a qué atenerse. El teatro dejaba de ser un medio de expresión para convertirse en un juego para el cual Miguel Mihura se sentía excepcionalmente dotado. Sabía dialogar, sabía medir las escenas, tenía imaginación, y, con respecto a otros compañeros suyos, alcanzaba a dar a su teatro un aire de confidencia humorística, despojada de chistes burdos y siempre metida en un medio tono de conversador inteligente.

Lo malo es que a la ternura de Mihura, a la poesía de Mihura, se le dedicaron desorbitados juicios. Y Miguel quizá perdió con hacer caso de ellos lo que podía haber sido la gran virtud de su teatro posterior a «Tres sombreros»: una espontaneidad, una gracia natural que oponer a tanta gracia de receta. Mihura fue tratado como autor «importante» en función de su «poesía» y su «ternura». El comediógrafo aceptó el tratamiento. Descubrió que bastaba llenar de gratuito optimismo las últimas escenas para que muchos espectadores hablasen de «ternura». Comprendió que el mundo de las viejecitas y de las gentes con mala suerte — solteronas, prostitutas, ladrones... — era un filón inagotable. «También las prostitutas tienen su corazoncito.» «También los ladrones tienen su corazoncito.» «También las viejecitas tienen su corazoncito.» Y, ahora: «También las entretenidas tienen su corazoncito.» Y etc., etc., etc.

Ha sido una verdadera pena que el público y la crítica teatrales le tendieran a Mihura la trampa. Y que él la aceptara, y decidiese — como explícitamente ha manifestado en muchas ocasiones — entrar en ese juego de divertir al público a cualquier precio, sin considerar jamás que él tenía autoridad para decir muchas cosas en los escenarios, con escaso riesgo de que nadie se enfadase. O, aun admitiendo que echase tierra sobre «Tres sombreros», que, por lo menos, no se hubiera limitado a contar graciosamente las cosas del mundo menudo, tal como él las ve y sin

cargar su dramática de una dudosisima «poesía». Una poesía que ha desembocado en otro postulado: «Que el «odioso señor» de «Tres sombreros de copa» también tiene su corazoncito.» Es decir, que nadie sufre más que el hombre independiente — ¿cómo habrá, Señor, quien quiera dejar de ser criado? —, rico y con «entrenidas».

Ignoro en qué momento se produciría esta distanciamiento entre Miguel y su primer teatro. Y en qué momento dejó de pensar en «Dionisio» para convertirse en defensor de este señor de «Las entretenidas». Por mi parte, como hombre metido en el teatro español desde hace años, no puedo menos que lamentar el cambio. Lamentar que perdiéramos a un autor de tantas posibilidades para ir a parar a este, habilidoso, volcado angustiosamente sobre la picardía de tertulia.

«Las entretenidas» es una pieza fallida. Que nunca irrita, ni desborda ese equilibrio, esa contención en el chiste, que han venido a ser las mejores virtudes de Mihura. Decepciona la tremenda trivialidad con que se aborda y desarrolla el tema...

Entre los intérpretes, hay que citar a Julia Gutiérrez Caba. Está clarísimo que es una actriz que puede hacer muchas cosas interesantes. En «Las entretenidas» está enormemente por encima del resto. Señalemos la grata mesura de Antonio Garisa, a quien temíamos ver en una línea de eficacia a toda costa. Dígamos que, por el contrario, Rafael Alonso construye su personaje en un plano extremadamente cómico. Y que Julia Caba Alba, Carmen Lozano, Charito Moreno y Ana Ventura están allí para dar unos tipos concretísimos — una «vieja» de Mihura, varias «frescas» de Mihura —, y ya sabidos de todos.

o'neill, en el reina victoria

Por fin, un título considerable. En la noche del estreno, la protesta puritana y en alta voz de una señora dio la pauta. Lo que importa es que estas gentes — para las que el viejo O'Neill es nuevo y peligrosamente audaz — hagan el ridículo y no se dé mayor alcance a su protesta. Ya sabemos el teatro que les gusta. (Consignemos que Armando Moreno habló la noche del estreno, ante los aplausos del público.)

De «El deseo bajo los olmos» hablé ya a raíz de estrenar la obra Nuria Espert en Barcelona, donde la sostuvieron varios meses. A su costa, caben largos y doctos comentarios. No en balde es una de las mejores piezas realistas de O'Neill. No en balde entra dentro de los conceptos de tragedia.

«El deseo bajo los olmos» encierra diversos conflictos. Podría decirse, por ejemplo, que es la tragedia de la posesión y del amor. Entendiendo ambos conceptos como términos a veces antagónicos, a veces superpuestos, a lo largo de la obra. Es, por otra parte, un perfecto ejemplo de drama, en el que cuentan, en aguda interdependencia, la psicología individual y las presiones — económicas, eróticas, climatológicas... — del medio. Cuanto se dice y se piensa en «El deseo bajo los olmos» está sólidamente justificado. Y esto, en un drama del alcance catártico de este de O'Neill, donde unos personajes de nuestro tiempo repiten los horrores de la tragedia clásica, solo es posible cuando el autor profundiza en las situaciones justamente por donde debe profundizar. Reducir a dos horas de representación la historia de «El deseo bajo los olmos» es un ejemplo incomparable de síntesis dramática. De capacidad de la escena para esquematizar, sin cercenar uno solo de los elementos que determinan la realidad.

De la ágil dirección de Armando Moreno, el decorado de Alarcón y la labor de los actores ya hablé a raíz del estreno. No creo que deba repetir el comentario, porque, en definitiva, estrenar en Barcelona debe ser tan importante como hacerlo en Madrid. Si quiero significar que vi la octava representación del Reina Victoria entre confortantes aplausos del público. Miguel Palenzuela, Ramón Durán, Víctorico Fuentes y Antonio Iranzo son los intérpretes masculinos. En todos hay un plausible esfuerzo por dar a su labor la máxima honradez. Nuria Espert, que ya presentó «Ana Christie» en Madrid, ha vuelto en el difícil — hay situaciones de una violencia extrema, ajenas a la técnica familiar a actores y espectadores de comedia — papel de Abbie. A la hora en que la mayor parte de nuestras primeras actrices han de decir o servir chistes, ¿cómo no agradecerle ante todo a Nuria Espert que encarne dignamente un personaje de O'Neill? Gracias a esta compañía, nuestra cartelera teatral tiene un espectáculo a tomar seriamente en consideración, aun cuando pudieran discutirse algunos puntos. Estamos ante un teatro que hay que defender.